

*Salir del círculo permaneciendo en él*  
**Ejercicios filosóficos: ontología, crítica, ética**

**Roque Farrán**

**I**

Hace poco redescubrí una verdad en la que me he formado, y a veces olvido: la vida es ejercicio. En una época en que me sentía muy débil y no podía casi nada, decidí empezar Karate. No fue tanto lo que me costó llegar a esa decisión y materializarla, como darme cuenta que por difícil que fuera el domino del arte, solo era cuestión de ejercicio y tiempo: la repetición continuada me daría lo que necesitaba. Así fue. A los pocos años ya dominaba las técnicas con gran fluidez y sorprendía por la potencia de los golpes y la resistencia física alcanzada, pese a mi corta edad. Con la adolescencia olvidaría todo. Recién después del primer fracaso universitario, volvería a conectarme con esa verdad: yo no sabía nada, era un idiota incapaz de aprender, pero si me limitaba a leer diariamente lo que me proponían los profesores, con confianza y sin esperar nada, algo de eso iba a quedar. Así fue. A los pocos años ya estaba haciendo preguntas y formulaciones que sorprendían por su agudeza o perspicacia, adelantaba materias y profesores casi a la par, pese a que era evidente que yo no podía ser un genio. Luego, la realidad me haría caer de nuevo en el olvido. Pasarían muchas cosas, buenas y malas; creería haber aprendido otras tantas y mejorado bastante mi condición física; hasta que un disparo fortuito me llevaría nuevamente a ese aprendizaje extremo: el ejercicio vital. Entre una operación y otra, absolutamente débil, debía concentrarme en ejercitar la respiración: me aferré a esa práctica como si fuese la última batalla sobre la tierra. Así fue. Sobreviví. Por último, cuando creía que ya no había más que aprender, una pandemia nos mantuvo en vilo durante dos largos años (y todavía sigue). Más que nunca me dediqué a escribir sobre la importancia de los ejercicios, la lectura, la meditación, la escritura misma; pero me olvidé de ejercitar el cuerpo como correspondía. Al empezar a salir de la pandemia, volviendo de unas bellas vacaciones, caí de nuevo: un dolor insoportable, por lesiones en las lumbares, no me permitía hacer casi nada. Y volví a conectarme con esa verdad que de tan próxima había olvidado: la vida es ejercicio. Empecé a nadar, una, dos, tres veces por semana. Y así fue, otra vez. Al poco tiempo pude volver a dormir y soñar como no lo había hecho en toda la pandemia. No descarto volver a caer en el olvido, que es recurrente, pero vale insistir en los ejercicios. Para mí, adelanto, esos ejercicios son ontológicos, críticos, éticos.

Pero ¿es posible ejercitarse con meras palabras, conceptos, ideas? ¿Pueden las palabras tomar cuerpo, afectar las ideas, tener consecuencias materiales? Mi posición ética es la siguiente. Si las palabras no alcanzan para decir lo que sientes, quizás sea porque primero tienes que sentir las palabras. No usamos las palabras para expresar nuestros sentimientos, expresamos lo que sentimos porque somos seres de lenguaje; seres tramados por palabras, que afectan y son afectados, que pueden llegar a entender también

que son causa adecuada del afecto y su lenguaje. Por tanto, pienso: ¿Cómo ser justos con quienes en sus gestos amorosos nos han salvado, sostenido, acompañado, enseñado y brindado toda su generosidad? ¿Qué más puedo hacer que replicar el gesto a mi modo, aunque falle, insistir, porque me cuesta estar a la altura de quienes lo han hecho, quizás sin saber? Yo que nunca creí poder, que apenas supe, que solo he escuchado, visto, entendido, y así, pues, he querido ser algo en vez de nada. Para no cobrarle a nadie el desprecio de no ser, ni crearme mejor por la insistencia que me han pasado, sin pedir nada a cambio. Eso: pasar, pasar, pasar. Afectar y ser afectados: aprender a ser causa de lo que nos afecta.

Porque la única diferencia entre el mal infinito y el buen infinito se sitúa con el conocimiento afectivo; resulta de formular la pregunta adecuada al modo finito que lo soporta (habitualmente humano): *¿Te alegra o entristece esa repetición en la que insistes?* Nadie te obliga a permanecer ahí, puedes cambiar de lugar o posición. Es como encontrar el tono, la nota justa, sentirse a gusto con un sonido que se repetirá incesantemente en infinitas variaciones y composiciones, con otras y otros, hasta la descomposición definitiva y más allá, cuando quede reverberando en el vacío. Después de todo, la materia de una nota es un cuerpo sutil que solo halla existencia en la resonancia de otros cuerpos. Por eso hay dos ejercicios ontológicos, contrapuestos y complementarios, para encontrar el modo singular en el atributo infinito: (i) imaginarse que eso que se está haciendo es lo último que se hará sobre la faz de la tierra, o (ii) imaginarse que eso que se está haciendo se hará infinitamente.

## II

Al venir de una familia de militantes de izquierda, donde se leía y discutía todo, ejercí muy tempranamente la crítica, en variadas situaciones y relaciones sociales; recuerdo, así, haber cuestionado la imparcialidad de lo que se escribía en los diarios a una edad en la que la cara de horror de la maestra, ante la simple tarea de análisis de contenido que nos proponía, y el consenso crédulo de mis compañeros resultaban apabullantes. Hoy que la crítica resulta una actitud generalizada y hasta la derecha mediática se transforma en “maestra de la sospecha”, pareciera que ya no conviene ser críticos.<sup>1</sup> Sin embargo, como he escrito varias veces,<sup>2</sup> el problema no es si la crítica sí o la crítica no, sino cómo ejercemos la crítica en función del lugar y el momento, del dispositivo y la relación concreta; sobre todo, cómo eso que hacemos nos implica. Por ejemplo, el uso de aquel dispositivo alienante, dispersivo y distractivo por definición, que constituyen las redes sociales, puede también singularizarse y devenir crítico del modo de relación imperante en ellas: la subjetividad troll. Pero ese uso singular, que requiere cierta transformación de

---

<sup>1</sup> Incluso ha surgido un movimiento de “poscrítica” en el que jóvenes y no tan jóvenes investigadores del primer mundo expresan su malestar por el automatismo que ha alcanzado una crítica tan bien posicionada. Véase: AA. VV. *Poscrítica*, Buenos Aires, Isla desierta, 2021.

<sup>2</sup> Roque Farrán, *Leer, meditar, escribir: la práctica de la filosofía en pandemia*, Adrogué, La cebra, 2020; *Escribir, escuchar, transmitir: crítica, sujeto y estado en tiempos pandémicos*, San Luis de Potosí, El diván negro, 2021.

las condiciones naturalizadas, exige asumir un riesgo. En mi caso, ciertas antipatías provenientes de diversas adscripciones ideológicas. A veces me encuentro con alguien que dice en otros lugares “me eliminó”, “me canceló”, etc., aunque jamás he eliminado ni cancelado a nadie, a lo sumo he sacado de mis contactos a quienes actuaban bajo la modalidad troll. Incluso amigos o gente que respeto por otros motivos. En principio, no excluyo a nadie, pero el intercambio requiere condiciones de mutuo respeto y si veo que no se cumplen, no tengo problemas en retirar la confianza otorgada; luego, si alguien reconoce la falta y desea volver, no hay problema: nadie ha sido eliminado ni excluido, solo un modo de ser y actuar que es nocivo para ese medio y el uso que le doy. Así entiendo el ejercicio concreto de la crítica.

La escasez de pensamiento en las redes no tiene que ver con la extensión, como dice Sarlo, no es porque no podamos escribir largo que se dificulta pensar; tampoco que no haya posibilidad de crítica y distinción entre lo falso y lo verdadero, como dice Berardi, porque no hay tiempo de lectura. El problema siempre ha sido cómo se anuda lo que se dice a lo que se es y hace, es decir, cómo la enunciación implica un riesgo y una transformación de quien habla, lee o escribe. El tiempo es lógico. En todo caso, lo que promueven las redes, como otros medios, es la actitud cobarde de tirar la piedra o lo enunciado y esconder la mano o la enunciación; en breve, de sustraer al sujeto que enuncia la oportunidad de implicación y transformación; de hacerle olvidar el ejercicio vital y sumergirlo en la pura rumia del odio y el resentimiento por lo que no ha podido ser. Mientras haya quienes lean, mediten y escriban, no importa la extensión y el medio, sino el nudo de implicación que encuentren en esos ejercicios vitales, habrá crítica y pensamiento.

En fin, sostengo que no hay crítica sin cuidado de sí y de los otros; sin amor por la naturaleza y el cosmos del que formamos parte; sin un entendimiento de los dispositivos y relaciones sociales en que nos insertamos singularmente; sin anudar el tiempo lógico de la intervención.

### III

Ahora bien, si la crítica nos sitúa en una situación de por sí compleja, también debemos saber por dónde pasa la materialidad de la práctica que nos implica: el conjunto de relaciones sociales y la modulación singular. Al volver recientemente de Buenos Aires, del *Coloquio Althusser*, donde nos encontramos con queridísimas amigas y amigos, luego de dos años de pandemia, escucho y leo sobre dos cuestiones vinculadas, urgentes, que hacen a nuestra coyuntura actual: el discurso de Saccomanno en la Feria del Libro<sup>3</sup> sobre la necesidad bien materialista que tienen los escritores de cobrar para vivir, y el post de una amiga sobre la situación precaria de los trabajadores de *Página 12*. Vengo leyendo justo el *¿Qué hacer?* de Althusser, recién traducido por editorial Doble Ciencia,<sup>4</sup> donde

<sup>3</sup> Guillermo Saccomanno: <https://www.pagina12.com.ar/418320-guillermo-sacomanno-inauguro-la-feria-del-libro>. Para una crítica que contextualiza el discurso, véase el artículo de Alejandro Dujovne: [https://www.eldiarioar.com/cultura/critica-sacomanno-si-hay-libro-hay-cultura-comercio\\_129\\_8962583.html](https://www.eldiarioar.com/cultura/critica-sacomanno-si-hay-libro-hay-cultura-comercio_129_8962583.html)

<sup>4</sup> Louis Althusser, *¿Qué hacer?*, Santiago de Chile, Doble Ciencia y Pólvora, 2022.

plantea la situación de la “toma de conciencia” de los trabajadores de Alfa Romeo en los 70 y por qué no alcanzaba con esa simple toma de conciencia, por más informada que estuviera sobre sus condiciones materiales; era necesario algo más: entender las articulaciones de cada sector en el conjunto social y el modo de producción imperante. El modo de vida en su conjunto, inducido por el capitalismo, ligado a la necesidad de proliferación de automóviles, es rápidamente descrito en su lógica por Althusser: desplazamientos habitacionales, autos accesibles, deslocalización de las empresas, etc. La escena ha cambiado en estas décadas. En nuestro caso, no es casual que el periodismo y las prácticas de escritura se hayan degradado tanto últimamente, en sus condiciones materiales de calidad y sustentabilidad, cuando todo parece entrar en la lógica ubicua de la gubernamentalidad algorítmica: un *like* o un *click* evalúan automáticamente la calidad del trabajo, lo que vale y lo que se paga. Ante la proliferación de plataformas y la concentración de medios, todo se aplanan y simplifica en extremo. Nos cuesta muchísimo encontrarnos, tanto físicamente como a nivel del pensamiento. No se salva ni siquiera un medio progresista, ni las múltiples publicaciones de izquierda que insisten una y otra vez en la importancia del *click* para valorar artículos. No hay una escena pública donde exponer la escritura y el pensamiento sostenidos desde la virtud, la honestidad intelectual, la implicación material, el posicionamiento ético-político sin amparos ni patrocinadores. Pero es necesario entender que también hay fallas sintomáticas en esa estructura, y que es posible leerlas; que las prácticas comunicativas constituyen hoy en día la instancia dominante, y por eso la degradación imperante que las atraviesa. Entonces hay que responder desde otras prácticas que no hagan el juego a la simplificación y aplanamiento discursivos: prácticas éticas y formativas de escritura que involucren el cuerpo y los afectos, que se jueguen a abrir escenas en puntos intersticiales del espacio social, a riesgo de no ser oídas ni leídas. Pero insistir, porque no hay nada que perder cuando ya se ha perdido todo. Porque hay murmullos que aun insisten, necesitamos escucharnos, componernos, para transformar los afectos pasivos en acciones. Aunque fuese el último gesto, habrá valido la pena.

#### IV

A veces pareciera que giramos en círculos y que no hay ninguna salida. El ejercicio vital de la crítica ideológica y la escritura como práctica ética, requieren también del concepto para orientarnos en lo real. En el Coloquio surgió la cautivante y enigmática sentencia althusseriana: “Salir del círculo permaneciendo en él”. ¿Cómo se entiende semejante *boutade*? Propuse leerla junto a la advertencia materialista spinociana: “El concepto de círculo no es un círculo”. El círculo es la consciencia filosófica espontánea, el mundo vivido de la ideología o el primer género de conocimiento. Salimos del círculo a través del concepto que muestra que el círculo no es tal, sino para la consciencia habitual. El círculo, si torcemos el plano en que se dibuja y lo proyectamos sobre una superficie moebiana, resulta en verdad un bucle que se enlaza a sí mismo e incluye la exterioridad (el punto donde se vuelven indiscernibles lo exterior y lo interior, un lado y otro, puestos en continuidad): en la topografía conceptual descubrimos el terreno real y cambiamos su demarcación. Cualquier practicante, sea profesor o militante, se hace ideas aproximadas

sobre su práctica, independientemente de la calidad de su trabajo: hay una filosofía espontánea de los practicantes que incluso puede estar muy bien informada, pero es en esencia circular; para escindir el círculo o descentrarse necesita elaborar conceptos que delimiten la problemática de conjunto en la cual se inscribe su práctica. Como decía Althusser, criticando la perspectiva de la consciencia hegeliana: “Círculo de círculos, la consciencia no tiene sino un centro, que es el único que la determina: necesitaría poseer círculos que tuvieran otro centro que el de ella, círculos descentrados para que pudiera ser afectada en su centro por su eficacia, para que su esencia fuera sobredeterminada por ellos.”<sup>5</sup> La práctica filosófica materialista no es totalizante, no propone el concepto de todos los conceptos, mediante un sistema jerárquico; sino que traza *topografías conceptuales* ajustadas al terreno, conociendo sus accidentes, declinaciones y planos; o sea, su sobredeterminación compleja. Por eso puede ayudar a los diferentes practicantes a orientarse en lo real, saliendo del círculo en el que cada uno se encuentra metido, pero permaneciendo en él y dando lucha. El cambio del terreno es topográfico: se cambian sus líneas de demarcación, no la materialidad de su composición.<sup>6</sup>

## V

En definitiva, para mí la filosofía es una práctica que consiste en una serie de ejercicios vitales, repetidos, variados y continuados, cuya composición depende de la complejidad afectiva del practicante (*p. e.*, no a todos les sienta bien meditar en todos los males posibles; o enredarse en arduas demostraciones matemáticas, topologías y nudos complejos; o leer a los economistas clásicos, los descubrimientos astrofísicos o genéticos). En cualquier caso, esa serie de ejercicios apunta a la formación y transformación del sujeto que se implica en ellos, orientado en función de lo que aumenta su potencia de obrar; no es mera acumulación u ostentación de saberes. Los ejercicios, a su vez, se dan en diversas relaciones, instituciones o dispositivos, e involucran saberes relacionados con la naturaleza, la física y el cosmos; con figuras topológicas, axiomas y teoremas; con constructos sociales, racionalidades políticas y modos de producción; con dispositivos de poder, interpelaciones ideológicas y tecnologías de sí, etc. Pero, sobre todo, con un *ethos* que se cuestiona a través de ellos reflexivamente. Deslindo así tres grupos básicos de ejercicios que se complementan y son necesarios para la transformación del sujeto: (1) ejercicios ontológicos; (2) ejercicios de crítica ideológica; (3) ejercicios de ética y cuidado de sí. Es en su mutuo anudamiento, aunque respondan a lógicas heterogéneas, que el sujeto se sitúa con conocimiento de causa para operar su transformación efectiva junto a otros. A esa serie de ejercicios materialistas que constituyen una filosofía práctica le he llamado *Nodalética*.

<sup>5</sup> Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 82

<sup>6</sup> No hay contradicción entre la expresión “salir del círculo permaneciendo en él” y el “cambiar de terreno” si producimos un ligero cambio de la expresión que dé cuenta mejor de lo que sostenía Althusser en *Para leer El capital* sobre el exterior incluido (visible-invisible) de la problemática y sostendrá luego en *Lenin y la filosofía* sobre la demarcación y en *La única tradición materialista* sobre ocupar la plaza fuerte del adversario. Sería: “cambiar el terreno”, sus líneas de demarcación, no “de” terreno.